



LLEVAMOS UNA BUENA NOTICIA EN EL CORAZÓN

El Evangelio de los domingos en las escuelas Franciscanas Ana Mogas

Hemos llegado al tercer domingo de Adviento, llamado “De Gaudete”, es decir, de alegría, de regocijo; una especie de alto en el camino, porque antes el Adviento era un camino penitencial bastante duro. Este año también está siendo para todos un camino duro desde hace muchos meses, por eso necesitamos mucho más encontrar motivos para alegrarnos, para seguir esperando. Como todos nos estamos planteando ¿qué podremos hacer esta Navidad? ¿Nos dejarán salir? ¿Podremos juntarnos con...? Y la alegría propia de la Navidad parece amenazada... ante el miedo que seguimos sintiendo por nuestra salud y la de aquellos a los que queremos y son incluso más vulnerables.



3^{er} Domingo de adviento

Jn 1, 6-8 / 19-28

Abrid las ventanas.
haced una reforma
en la casa, haced la
instalación de la luz
para la LUZ que viene
Preparad el camino
a Jesús.

Este domingo nos invita a redescubrir otras causas de alegría, otras formas de manifestar la alegría, e incluso de anunciarla a los demás. Así lo podemos descubrir en el evangelio.

Nos presenta la figura de Juan Bautista. Nos deja acercarnos y participar en la pregunta que se hacían sus contemporáneos e incluso los primeros cristianos ¿Quién es éste?

Juan tiene una absoluta claridad sobre cuál es su misión y su identidad: No soy el Mesías, “Soy la voz que grita en el desierto... el que prepara el camino”. Da testimonio de Jesús, el Señor, el Mesías Salvador, y nos avisa: **“en medio de vosotros hay uno que no conocéis”**

La Navidad está cerca; abramos los ojos y los oídos para reconocer a Aquel que está en medio de nosotros, que es nuestra luz y nuestra alegría. Y, dando un paso más, anunciemos y presentemos a los demás al que llega, al que está, aunque nuestro mundo, en medio de tantas incertidumbres y preparativos, apenas repare en su presencia.

Juan 1, 6-8.19-28

Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz.

Podríamos decir que el evangelio de san Juan comienza con esta presentación de Juan Bautista, porque el prólogo (los versículos 1-18, anteriores) son un himno de tipo litúrgico, para ser cantado en la comunidad. En ese himno, o prólogo, se resumen las ideas centrales de este evangelio.

A la hora de hablarnos de Juan Bautista, este evangelista tiene mucho interés en subrayar que fue mucho menos importante que Jesús, además no hace ningún elogio de él, ni nombra

su martirio. En frases breves y claras resalta la subordinación de Juan Bautista: Jesús era la luz, Juan sólo testigo de la luz; Jesús era la Palabra (Verbo), Juan sólo la voz.

¿Por qué esta diferencia con los otros tres evangelistas? Porque este evangelio se escribió sobre el año 90 y aun había muchos discípulos de Juan Bautista, incluso llegó a haber cierta confusión entre ellos y los discípulos de Jesús y entre la doctrina que predicaban unos y otros. San Juan quiere aclarar las cosas en su evangelio.

En el libro de los Hechos encontramos otros datos que corroboran esto. Un judío llamado Apolo, que conocía muy bien las Escrituras, llegó a Éfeso. Este hombre era “*fervente de espíritu, hablaba y enseñaba exactamente lo referente a Jesús, aunque solo conocía el bautismo de Juan*”. Predicó en la sinagoga y cuando lo oyeron Priscila y Aquila lo tomaron aparte y le expusieron con mayor exactitud el camino de Dios (...) Mientras Apolo estaba en Corinto, Pablo llegó a Éfeso y encontró algunos discípulos y les dijo: “*¿Habéis recibido el Espíritu Santo al abrazar la fe?*” Ellos contestaron: no hemos oído ni siquiera que hay Espíritu Santo. Y él les dijo: ¿Pues qué bautismo habéis recibido? Ellos dijeron “*El bautismo de Juan*” (Hechos de los Apóstoles 18, 24-28 y 19, 1-7)



Y éste fue el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a Juan, a que le preguntaran: « ¿Tú quién eres?» Él confesó sin reservas: «Yo no soy el Mesías.»

Era una pregunta clave. La llegada del Mesías, anunciado desde varios siglos antes, hubiera supuesto un cambio radical en la Historia de Israel. Hubiera supuesto el comienzo de la liberación. Es verdad que Juan Bautista no reunía algunos requisitos que debía tener el mesías anunciado, pero otros rasgos sí podían prestarse a confusión, por ejemplo el mesías saldría del desierto de Judá, donde vivía Juan, e invitaría a la conversión, como hacía él.

Le preguntaron: « ¿Entonces, qué? ¿Eres tú Elías?»

Ya dijimos el domingo anterior que creían que Elías no había muerto sino que había sido arrebatado al cielo en un carro de fuego. Los rabinos del tiempo de Jesús predicaban que cuando Elías volviera de nuevo a la tierra invitaría al pueblo a la conversión y le reprocharía su infidelidad; anunciaría la venida del Mesías, lo consagraría y lo presentaría ante el pueblo. Era muy importante saber si Juan era en realidad Elías, que había vuelto a la tierra.

Él dijo: «No lo soy.»

« ¿Eres tú el Profeta?»

Respondió: «No.»

Hacia cinco siglos que no aparecían profetas en Israel y en la memoria histórica quedaba el recuerdo de los grandes profetas, como Isaías o Jeremías, que mantuvieron la fe del pueblo en etapas muy difíciles. En ese momento, dominados por los romanos, la llegada de un profeta, “del profeta”, hubiera sido un horizonte de esperanza y una muestra de la cercanía de Dios.

Y le dijeron: « ¿Quién eres? Para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado, ¿qué dices de ti mismo?»

Él contestó: «Yo soy la voz que grita en el desierto: "Allanad el camino del Señor", como dijo el profeta Isaías.»

El texto de Isaías al que hace alusión es este: Una voz grita: "En el desierto preparadle un camino al Señor; allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios; que los valles se levanten, que montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece y lo escabroso se iguale. Se revelará la gloria del Señor, y la verán todos los hombres juntos ha hablado la boca del Señor" (Isaías 40, 3-4)

Entre los enviados había fariseos y le preguntaron: «Entonces, ¿por qué bautizas, si tú no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?»

La pregunta tenía sentido. Los levitas eran los especialistas del culto, de los ritos y las celebraciones; su presencia en el grupo que interroga a Juan muestra el interés por saber si alguien ha osado inventarse un rito nuevo, al margen de los ritos oficiales. Si Juan se había atrevido, ¿con qué autoridad lo había hecho?

Juan les respondió: «Yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia.» Esto pasaba en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde estaba Juan bautizando.

Se creía que el Mesías, cuando viniera, antes de aparecer públicamente, estaría oculto por un tiempo, en un lugar desconocido. Juan se sitúa en esta tradición. Calzar y descalzar a una persona, incluso custodiar el calzado, era tarea de esclavos; no suponía ningún honor, al contrario. Juan se abaja, mostrando con este ejemplo de su tiempo la grandeza y la superioridad de Jesús.

Podemos preguntarnos ante el evangelio de hoy: ¿qué nos dice para nuestra vida? ¿No estamos en unas claves muy diferentes a las de Juan Bautista? Podemos reflexionar este domingo sobre algo muy importante para nuestra vida cristiana: estamos rodeados de personas que se creen el Mesías, que nos ofrecen “salvaciones” de todo tipo, desde el envejecimiento hasta el aburrimiento. ¿A cambio de qué? De la esclavitud.

Juan Bautista, ayer y hoy, nos pide que estemos alerta, despiertos, velando, que en medio de nosotros está Jesús de Nazaret, Jesucristo, que nos ha bautizado con Espíritu Santo y nos ofrece la salvación. Pero no es fácil reconocerlo en cada rostro que está a nuestro lado.

Pistas para acoger la Palabra

1. Personalmente

- ✓ Estamos ya en el tercer domingo de Adviento y Juan Bautista, esta persona valiente e inquietante, nos dice hoy que “en medio de nosotros está Aquel a quien esperamos, pero no le conocemos” ¿Qué despierta esta afirmación en nosotros? Sin razonar solo dejemos que resuene dentro... ¿Qué signos de esta presencia reconocemos en nuestra vida? ¿Y en la de nuestro entorno?
- ✓ Si Él está en medio de nosotros y es verdad que muchas veces no le conocemos, ¿qué podemos hacer para descubrirlo? Esa sería una buena manera de “preparar el camino al Señor”
- ✓ Seguimos preparando, en el colegio y en la familia, el camino al Señor que viene. Nos detenemos en esa afirmación del evangelio de hoy “**está con vosotros uno a quien no conocéis**” y reflexionamos, ¿Cómo enseñamos a nuestros alumnos e hijos a descubrir la presencia del Señor en el mundo? ¿Qué signos de su presencia se dan en nuestra clase o en nuestra casa?

- ✓ Sin duda estamos adornando el colegio y la casa y preparando de muchas formas la Navidad, os invitamos a dialogar con vuestros hijos y alumnos sobre lo que podríamos hacer y poner para que nos ayude a descubrir al Señor esta Navidad.

Podemos, como en otras ocasiones escuchar esta canción o leer el Pregón de Adviento de F. Ulibarri. Ambos recursos pueden ayudarnos en nuestra oración y espera del Señor.

- **“Te espero”** de Salomé Arricibita https://www.youtube.com/watch?v=qjKW_RFZqZs

- **“Pregón de Adviento”** de F. Ulibarri, para jóvenes y adultos:

<http://www.feadulta.com/es/buscadoravanzado/item/1555-preg%C3%B3n-de-adviento.html>

2. En la clase

En este enlace encontrareis sugerencias y abundante material para trabajar este evangelio con los niños de diferentes edades:

<https://docs.google.com/presentation/d/1DyCrcxQVIGCnhzJTjH5bd6b1TchS94iwqIP-s03oQIQ/edit?usp=sharing>